I

El Siglo sin Dios.

1

Brava tarea es hablar del espíritu de un siglo que nada tiene de espiritual.

¿Cuál puede ser el espíritu del siglo de la materia?

Y ciertamente que al llamarle así no le hacemos una injuria; él mismo se ha bautizado con este nombre.

Pero probablemente sí cree que se le hace un insulto al decir que está bautizado, y por esto, y por honor á la verdad, nos apresuramos á hacer una rectificacion: no se apropió tal nombre en el bautismo, ántes bien lo tomó en el tauróbolo.

2

En el siglo primero, extrañas voces se oian en los bosques sagrados y entre las ondas de los mares: "Los dioses han muerto."

El siglo XIX, envidioso del prodigio, á falta de mares, y de bosques, hace oir en los clubs y en las tabernas, este grito: "Ha muerto Dios."

El siglo XVIII anunció solamente la muerte del diablo: esta frase equivalió á esta otra: "Yo me morí."

La frase del siglo actual es equivalente á esta otra: "Gracias á Dios que soy ateo."

3

Siendo Dios el ser, donde El no está debe hallarse el no ser.

Es decir, que los hombres del siglo XIX quieren hacerlo todo sin nada.

Ciencia sin Dios, es decir, creatura sin creador.

Literatura sin Dios, es decir, sin sublime.

Naciones sin Dios, es decir, sin autoridad.

Sociedad sin Dios, es decir, un órden desordenado.

Soberanía sin Dios, es decir apoderado sin poder.

Familia sin Dios, lo que equivale á decir, imitacion sin modelo.

Política sin Dios, esto es, fuerza sin derecho.

Justicia sin Dios, tanto valdria decir Dios sin justicia.

Progreso sin Dios, lo que es igual á movimiento sin motor.

Sabiduría sin Dios, ó lo que es igual, luz de tinieblas.

El porvenir sin Dios, es decir, nada.

Hombre sin Dios, como quien dice, sin gratitud.

Razon sin Dios, es decir, razon sin términos.

Libertad sin Dios, es decir sin responsabilidad.

Moral sin Dios, efecto sin causa.

Y en fin, ¡religion sin Dios!

Pues no es esto todo; cuando alguna vez ciencia, literatura, naciones, sociedad, soberanía, familia, política, justicia, progreso, hombres en fin, razon, libertad y religion se ven obligados á admitir á Dios, quieren..... ¡¡á Dios sin Dios!!

4

De todo esto se ha hecho un ensayo, y de un modo digno del Siglo, es decir, en grande.

Pero hé aquí que el hombre, queriendo ser grande, se ha empequeñecido.

Porque el hombre del siglo XIX tendió su vista sobre la creacion, y vió á las ciencias como á criaturas para conducir á Dios; á las naciones prosternadas ante su Autor; á la sociedad mostrando su gratitud á quien la conservaba; á la familia perpetuando las órdenes del Ser Supremo; á la política y á la justicia deduciendo su verdad de la Verdad eterna; al progreso perfeccionando al género humano y regenerándolo por la idea cristiana; á los hombres amando por deber á quien por gracia los amaba, y á la razon iluminada con una luz que la embellecia. Vió á la libertad borrando la esclavitud de la tierra, haciendo á la mujer compañera y no sierva del hombre; á los niños respetables por su debilidad, y á los pobres y á los débiles hermanos de los ricos y de los fuertes; vió á la moral, conduciéndonos hácia otra vida mejor; vió en fin á la religion como cadena de luz que une el cielo con la tierra y "vió que todo esto era bueno."

¿Pero por qué no seguiria todo su curso regular si él se colocara en lugar de Dios?

Esto ideó, y esto ensaya hacer.

¡Qué pequeñez tan grande!

II

La Humanidad sin Dios.

Cuando el hombre ha vuelto la vista hácia la tierra que lo sostiene, la ha llamado Valle de lágrimas.

Triste es para los pequeñuelos oir de boca de sus padres cuál es la mansion donde han de pasar la existencia.

Qué, ¿este mundo sembrado de montañas azules y rodeado de horizontes infinitos, donde á las soberbias cimas de los cerros suceden encantadoras florestas, en cuyo suelo juegan los arroyos, en cuyo aire vuelan y cantan los pájaros, bajo cuyas arboledas susurra la brisa, esta tierra estrellada de flores y envuelta en una atmósfera de perfumes, será un valle de lágrimas?

¿El sol vendrá todos los dias para alumbrar dolores, y la luna en la noche contendrá su luz indecisa para no dejar ver demasiado el llanto de los mortales?

Si toda amargura necesita consuelo, ¿dónde volverá los ojos la humanidad?

¿Cuál es el ideal, estrella de la inteligencia, guía de la razon, esperanza del corazon humano?

Creer, amar, esperar, trabajar, hé aquí el consuelo, hé aquí el bien, hé aquí lo que dulcifica la vida en este valle de lágrimas.

¿Pero no es el siglo XIX el siglo de las luces y del progreso? Pues busquemos ese ideal seguros

de encontrarlo; la ciencia es la gran maestra. Interroguémosla.

¿Pero por qué la ciencia calla? ¿Acaso no cree no ama, no espera?

A la ciencia del siglo de las luces parece que le falta la luz.

¿Qué cree el siglo. La ciencia responde con la duda.

¿Qué ama el siglo. La ciencia no responde.

¿Qué espera el siglo XIX? Algo indefinido, cuyas formas vagas se presentan á la inteligencia como las sombras de un sueño: el siglo marcha, pero él mismo no sabe á donde; ignora por qué marcha, no se detiene ni á pensar, porque no quiere detenerse.

Cuando lanzamos inmensas moles sobre las aguas del Oceano; cuando deshacemos las más altas montañas; cuando arrojamos atrevidos puentes sobre los rios impetuosos que imponentes rugen bajo nuestros piés; cuando con el microscopio vamos á sorprender los misterios del mundo y con el telescopio los misterios del cielo; cuando con el bísturi en la mano y con el escalpelo sometemos á los cadáveres á la *cuestion de tormento* para que confiesen los más recónditos secretos de la vida y de la muerte; cuando el espectroscopio nos habla con escritura de luz; cuando la análisis química hace que todos los cuerpos nos cuenten su historia; cuando la electricidad camina en el alambre demasiado despacio para nuestros deseos; cuando con actividad febril todo lo hacemos, todo lo ensayamos, todo lo inventamos, ¿qué esperamos de todo eso?

¿Buscamos la felicidad?

En medio de una pradera, donde las aguas jue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

gan y las aves cantan como si ellas sí fueran felices, donde las flores regalan al viento, con profusion, sus perfumes; donde en medio de flores y de arroyos brillan los rieles al sol de la mañana, donde por ellos corre el *tren* adornado con su penacho de vapor y dando gritos que parecen de júbilo; allí, como aislado de la naturaleza que lo rodea, solo el hombre llora; solo él aspira á algo desconocido, y suspira y anhela, sin darse cuenta con claridad de qué seria aquello que llenara su anhelo, sin saber á punto fijo á donde se dirige su suspiro.

Los pájaros tienen árboles para ellos como si aquel árbol fuera una selva; tienen yerba para sus nidos y cantos para llamar y responder á sus pequeñuelos; las flores tienen sol y tienen aire, tienen agua para sus raíces y suaves brisas para entregarles su pólen, que saben no se perderá; el tren sabe que el vapor lo llevará y que sobre los *rails* marcha seguro..... solo el hombre siente que algo le falta.

Es el señor de la naturaleza y la domina; llama á la botánica y hace sus vasallas á las flores; él ha domado á ese gigante que se llama el vapor, pero no ha podido domar los deseos de su alma, no es señor de las aspiraciones de su espíritu.

Solo él, él mismo, entre todo, se ha escapado á su dominio.

Las montañas y el valle lo llaman Rey. El vapor lo nombra Señor. La naturaleza se le inclina como á Soberano.

¡Cosa rara! él alhagado por esas voces, él empeñado en creerlas, él, entre todo lo que le rodea es el único en desmentirlas.

Esas montañas que él deshace con su soplo;

aquel torrente lejano de cuya fuerza se ha burlado; esa caldera donde él solo encierra y comprime tanta fuerza, que no la igualaria la fuerza de millares de hombres reunidos, todo le rinde homenage. Los silbidos de la máquina, las múltiples voces del bosque y del rio le gritan: «Tú eres grande.»

El inclina la cabeza, se comprime el pecho con las manos, y en voz muy baja se dice: «¡qué pequeño soy yo!»

Otras veces la naturaleza no tiene ya su voz propia, hablaba con la voz que el orgullo le ha prestado, y dice al hombre: «nada hay sobre tí.»

El, él mismo, el que ha hecho hablar así á lo que le rodea, él es quien desmiente esa voz seductora, y muy bajo todavia, se dice: «Nada hay en mí.»

¿Qué busca el hombre? ¿A qué aspira el hombre? ¿Quién es el Señor de todo y del hombre?

El siglo ha suprimido á Dios, y en lugar de la creencia que fortifica y que consuela le ha dejado la duda que desalienta y que mata: en vez de esperanza le ha dado la desesperacion: y el amor, llama que si existe, es porque sube hácia el cielo, fuego que si vivifica es porque enlaza, luz que si alumbra es porque se difunde, se ha apagado al soplo frio del positivismo, y en su lugar ha quedado... el amor propio.

El egoismo! el hombre que se ama en la humanidad, llama de soplete que se retuerce y se queja: fuego agoviado entre la ceniza; luz fosfórica que se deja ver, pero que no alumbra, que solo brilla para decir: Aquí estoy.

Si el siglo no cree, si no ama, si no espera, si

no quiere creer, si no tiene á quien amar, si nada puede esperar, ¿dónde hallará su ideal?

La humanidad, el hombre, la sociedad, el siglo, tienen el ideal que cada uno merece.

Pero el siglo trabaja ¡oh sí! vedlo en su afan febril; por moverse acepta hasta las convulsiones.

El trabajo es la piedra de toque de la inteligencia; sabiendo por qué se trabaja, se sabe lo que se cree, se sabe lo que se ama, y qué es lo que se espera.

El trabajo es una maldicion de Dios, pero Dios bendice al que trabaja, si bien esto es cuando se trabaja por Dios.

¿Para qué trabaja el siglo? ¿En qué se emplea esa actividad vertiginosa?

El siglo tiene su ideal: quiere convertir el valle de lágrimas en valle de máquinas.

Ya irá pensando en la virtud cuando haya inventado una máquina de hacer virtudes.

Por ahora la virtud no produce dinero y prohibe los abusos de los goces materiales, es decir, prohibe el objeto de los trabajos del siglo.

Del siglo que trabaja, no hay que negarlo, para hacer á los hombres dichosos; pero á los hombres considerados solamente bajo su aspecto animal.

Quiere hacer á los hombres felices á fuerza de hacerlos gozar; pero no, no es su fin el goce, su fin es el deleite.

Hemos encontrado el ideal del siglo XIX, los goces materiales: convertir á los hombres en rebaño de Epícuro.

Repitamos que tiene el ideal que merece.

¡Cuánto trabajo para esterilizar el trabajo!

Hemos encontrado el ideal del hombre en el

siglo XIX. Gastar la inteligencia en buscar goces para la materia.

Su fórmula es muy sencilla y puede condensarse en esta frase: es necesario matarse por vivir.

Para sus sectarios vivir es gozar; el siglo quiere hacer con el hombre lo que Xochitl con el rey mexicano: *embriagarlo con amor y con neutle*; pero en su civilizacion cambia el neutle por champagne, por rhum, por ginebra ó por generosos vinos de España.

Para él la vida es un festin, y el hombre para que sea feliz, debe pasar su vida sentado á la mesa. No está léjos el tiempo, si no cambiamos de ruta, en que nadie será admitido como cocinero, sin haber antes sustentado un severo y escrupuloso exámen sobre química é historia natural aplicadas á hacer los platillos mas variados y sabrosos.

¡Qué gran porvenir es el de la ciencia!

Al contemplar lo que el siglo se afana, hay sobrada materia para exclamar: ¡cuánto trabajo cuesta suprimir el espíritu!

Y lo raro, lo inconcebible es que sea el espíritu quien trata de suprimirse; que sea la inteligencia quien aborrece los goces intelectuales; que el hombre se valga del raciocinio contra el alma pensadora; que el alma, sirviendo á la materia, se haga, y esto con el objeto de ser feliz, esclava de su esclava,

No cabe duda que Leibnitz ó Santo Tomás eran mas felices, gozaban más en realidad que Heliogábalo; y que la elevacion de alma de San Buenaventura le proporcionaba más placeres efectivos que la glotonería á Vitelio; fácilmente se

comprende que los goces del alma no encuentran su castigo en su saciedad, ni tienen un fondo de pesar bajo una debilísima cubierta que semeja al deleite, y tambien que ellos no desocupan prontamente el lugar para que tomen asiento los remordimientos; sí, todo eso bien se comprende, pero no quiere comprenderse.

Hé aquí que el siglo, que trabaja en su afan por hacer del hombre un sugeto de placeres, le roba los únicos placeres que merecen este nombre, y tras tanto trabajar viene á conocer que el fruto de sus trabajos es la desgracia.

No es más feliz en la consecucion de los otros objetos para los cuales trabaja.

La riqueza forma parte de sus aspiraciones supremas, y á la verdad una parte no despreciable.

La manera de conseguirla hace su estudio especial, y cada una de las obras de su lujo y cada uno de sus maravillosos inventos, y todos los objetos brillantes que presenta, están gritando continuamente: BIENAVENTURADOS LOS RICOS.

Cuando el siglo habla no acierta á decir más que esas palabras; parece que no sabe otras.

Y lo que es más, parece que no sabe hacer otra cosa que estarlas gritando, que estarlas escribiendo, que estarlas enseñando continuamente.

Que una jovencita de costumbres sencillas se detenga ante el brillante aparador de una tienda de modas, y verá que cada encaje, cada cinta, cada vestido, cada sombrero, lleva invisible, pero muy perceptible, esa inscripcion.

Que un estudiante aunque sea un prodigio de ciencia en su colegio, se detenga un momento en el paseo, y cada elegante carretela, cada uno de

los soberbios frisones y todas las alhajas que brillan en anillos y cadenas de relox, presentan tambien á sus ojos la eterna inscripcion: BIENAVENTURADOS LOS RICOS.

Las quintas y los jardines tienen todos una lápida donde se encuentra.

Los teatros que subvencionan á sus cantatrices y á sus payasos con rentas fabulosas para tener el derecho de no admitir á nadie que no pueda pagar bien caro su boleto de entrada; las casas de juego y otras casas de cuyo nombre no debo acordarme, tienen tambien la inscripcion maldita, y lo difícil, por no decir lo imposible, es dejar de encontrarla en alguna parte.

Siempre que alguna persona de cualquier sexo, edad ó condicion se encuentra sola ó entregada á sus pensamientos, no deja de oir quedo, muy quedo, en voz muy baja, gritar junto á su oido: BIENAVENTURADOS LOS RICOS.

El empleado, mientras se encuentra inclinado sobre su bufete; el candidato, que suda y se fatiga y se despedaza tras una credencial; la modista mientras hace correr á su máquina, y la costurera cuyos dedos mueven la aguja como si quisieran igualar la velocidad de la máquina; el obrero en su taller; el vago, á la hora que siente hambre; el vicioso que no puede satisfacer su pasion; todos oyen las mismas palabras, y las oyen y las guardan en su memoria y las hacen servir de gérmen para sus ulteriores ideas.

Bienaventurados los ricos.

Los ricos mismos las oyen el dia en que la codicia los ha hecho trabajar más que sus dependientes, y piensan en los que tienen más que ellos sin advertir que si lograran sus deseos, no por eso

dejarian de continuar en su vida agitada, llevados por la fiebre de ser más ricos todavia.

En los templos hay una inscripcion tambien invisible, pero muy perceptible tambien, que dice: BIENAVENTURADOS LOS POBRES. Hay asimismo un librito que se enseñaba á los niños; pero el siglo ha arrancado el Catecismo de las manos infantiles, y por lo demás les ha quitado á los templos sus pobres, mientras acaba de quitarles á los pobres todos sus templos.

Mas ¿el siglo no tiene palabras para los pobres?

¡Ah, sí, ciertamente! A los ricos les ha dicho: trabaja para ser capitalista. A los capitalistas: trabaja para ser millonario. A los millonarios: trabaja para tener lo que tienen los que tienen más que tú.

A los pobres les dice una gran cosa. No les dice: trabaja *para* ser rico; les dice y la frase toma un sentido muy diverso: trabaja *por* ser rico.

Mal le sale al siglo su cuenta! Segun su teoría el trabajo es un mal supuesto que el placer indefinido es el único bien, y él trabaja sin descanso para disminuir el trabajo.

Cierto es que á algunos les sale bien la cuenta, pues se encuentran opulentos de la noche á la mañana pero esos son los pocos.

Es el *uno* premiado entre millares de billetes en la loteria, y cuenta que todo lo que tienen unos es parte de lo que pudieran tener los demás.

Es decir, quitando á Dios de las creencias, de las esperanzas, del trabajo, se logra, ¡resultado peligroso! hacer animalmente dichosos á unos cuantos y totalmente infelices á los que sobran.

Y á lo menos, á los pocos, á los ricos les que-

dan sus máquinas, sus riquezas, y sus placeres sensuales; pero ¿qué queda para los otros?

No pueden quejarse, les quedan las barricadas, las huelgas, la comuna, el cantonalismo.

Bien supo el siglo XIX lo que hizo al descubrir el petróleo!

III.

La ciencia sin Dios.

¿Para qué necesitan de Dios las ciencias?

El espíritu del siglo despues de afanarse y trabajar, halló al fin un punto de vista bajo el cual Dios fuera absolutamente inútil.

Las ciencias abstractas se contentan con las negaciones, y en cuanto á las naturales ¿qué tienen que hacer con el sobrenatural?

La astronomía y la física, la química y hasta la geología han hallado *leyes*, y pueden á toda vela volar por el ancho espacio que se han abierto.

Cierto es que ellas y sus hermanas no encuentran á veces la ley; pero entónces hallan hechos, y al fin y al cabo es bien provisto y espacioso el arsenal de las hipótesis.

Oh! si en el siglo XIX todas las ciencias son *exactas*.

Sí, mas de todos modos, la ciencia no sabe—ella que lo sabe todo—que toda ley necesita de un legislador, ó mas bien, que las *leyes* no son otra cosa que la manifestacion de la voluntad del *legislador*.

¿Pero el que hizo la léy puede abrogarla, puede derogarla, puede suspenderla?

A esta pregunta la ciencia del siglo se encoge de hombros, mímica que ha reemplazado á la antigua mímica que consistia en quedarse abriendo la boca.

Pero ese legislador ¿con qué objeto estableció sus leyes? ¿Cuál es el fin que se propuso?

Por toda respuesta la ciencia se sonrié, creyendo que así evita el que se rian de ella.

Porque hay que advertir que aun suponiendo que el científico conozca á Dios, el mismo científico confiesa que las ciencias no lo conocen.

Pues si la ley es la voluntad del legislador, y la ciencia no conoce á ese legislador ni sabe su voluntad; si ignora el fin que se propuso esa voluntad, si no sabe la extension de ella, no conoce esa voluntad, es decir, no conoce las leyes.

La ciencia se queda con los hechos.

Y ella lleva su generosidad á tal grado, que alguna vez confiesa que, puesto que hay *hechos*, es posible que haya un *autor*.

Pero decidle que lo adore, que se someta á él, que lo reconozca por Señor; decidle en consecuencia que cuando oiga su voz crea lo que El dice más que si lo viera; decidle que si El señala como falsedad lo que la ciencia cree ser una demostracion tenga de allí en adelante esa demostracion, como un absurdo, y ella que cambia de opinion ante la opinion de Galileo, y que varia su doctrina cuando habla Newton, no estará dispuesta á suprimir el menor detalle de sus sistemas.

No obedece al Creador porque no se reconoce creatura; ó mas bien ella se cree creatura del hombre, y solo al hombre tiene por señor.

Y lo raro—aunque muy comun por otra parte—es que la ciencia confiesa que el hombre es falible, pero ella se declara infalible.

Rechaza á Dios, es decir, á la verdad eterna, y proclama que es deudora de su ser á la inteligencia humana. Es evidente aquella ciencia que

para el hombre es evidente, y cierta aquella que el hombre tiene por cierta ¡y dice que el hombre puede engañarse, pero que ella no puede engañarse!

Siempre será cierto que lo que no tiene á Dios por principio, tiene por fin el absurdo.

La ciencia, en realidad, sospecha lo que ella es, pero no sabe á donde va ni de donde viene.

A la ciencia del siglo XIX parece que le falta luz.

Se nos figura que la física no cuenta sino con la luz eléctrica, y que la astronomía está viendo estrellitas.

La geología tartamudea lo contrario de lo que al fin viene á decir.

La química se parece á la vanidad científica: todo lo *descompone*.

En cuanto á la filosofía no sabe componer nada.

¿Y en qué consiste que nuestra filosofía tenga tan triste carácter?

Esto nace de que el siglo todavia no ha podido componer su filosofía.

Parece que la filosofía, viuda del *Credo*, como las viudas indias se enterró con su marido.

El hecho es que ahora no parece por ninguna parte.

No hay que hablar de Balmes, ni de Raúlica, de Fr. Zeferino Gonzalez ni de Augusto Nicolás; ya que no se les ha podido poner fuera de la ley, se les ha puesto fuera del siglo.

No son hombres del siglo XIX; eso se oye decir por todas partes. Y no saben los que así dicen, que no son ellos los que arrojan á tales hom-

bres del siglo, sino que son esos hombres los que no han querido entrar á él.

Pero qué ¿no hay ciencia en el científico siglo XIX?

Busquémosla, que ella parecerá; aunque creemos que ella no parecerá ciencia.

En cuanto á filosofia, nos contentamos con la Enciclopedia.

Voltaire ha dicho su última palabra cuando no ha dicho nada.

¿Ni qué filosofía es posible entre nosotros?

La lógica nos hace reir y la metafísica nos hace roncar. La *Summa* no cabe en el libro de caja, y nos hablan de cosas del otro mundo cuando nos hablan de los tópicos.

Si resucitara Aristóteles nos hablaria en griego.

Hoy el que ha leido tres editoriales y cuatro novelas juzga magistralmente de todas las cuestiones; basta existir para ser un pensador.

Nuestros abuelos decian: Pienso, luego existo; sus nietos hemos modificado el axioma, y no hay periodista, no hay orador cívico ó parlamentario que no exclame acariciándose las barbas—si las tiene:—yo existo, luego pienso.

Cuando algun rey de España comenzó á prodigar los títulos nobiliarios dijo una antigua marquesa: El dia en que todos seamos nobles, la nobleza ya no existirá.

Hoy que todos somos filósofos ya no existe la filosofía.

De cada diez hombres *ilustrados*, ocho escriben y dos leen; ¿quién estudia?

Ciertamente no serán aquellos ocho.

Probablemente no lo hará tampoco la mitad,

de aquellos dos. Y quien sabe si lo hará la otra mitad.

¿Dónde encontraremos los filósofos?

Alguna vez se ha dicho: la virtud se ha ido á esconder al cielo; hoy parece que la filosofía se ha ido á esconder á los Cerros de Ubeda, segun que todos los escritores se van á buscarla por allá.

Los siglos pasados partian de un principio filosófico: Dios, y llegaban á un principio igualmente filosófico: Dios.

Nosotros hemos quitado el principio y el fin. Hemos quitado la unidad para simplificar el sistema de numeracion.

¡Pero la gloria del siglo XIX, del gran siglo XIX no está en la filosofía! Hemos rechazado á la lógica por estacionaria, á la metafísica por retrógrada, á la éthica porque no se adhiere al progreso.

Nuestra gloria está en la química, y en la medicina, y sobre todo en la mecánica.

El rayo es nuestro correo de gabinete; la pesantez nuestro motor, y los cañones Armstrong, nuestros raciocinios concluyentes.

Quédese para otros siglos el haber pensado; nosotros.....nos movemos.

Ya veis que no estamos desprovistos de ciencia. La medicina niega el alma porque su bísturi no ha dado con ella.

No os podeis quejar; la medicina mata el alma pero sana al cuerpo.

Por lo menos, en teoría no queda á la enfermedad hueso sano.

Hay una enfermedad, una sola, que la medicina no cura: el materialismo.

Ya veis que si la cirujía os corta una pierna con toda la maestria del arte, la medicina que algo ha aprendido de su hermana, os corta la idea de Dios, os corta el espíritu, os amputa la inmortalidad.

No podeis quejaros, porque tambien en sus operaciones usa del cloroformo, ó de la cocaina que es ménos peligrosa.

Conformaos, que no sentireis los dolores al tiempo de la amputacion, aunque los sintais despues, es decir, cuando ya no puede volverse atras.

La medicina, al suprimir el espíritu, no se preocupa de si tambien ha amputado la libertad; al cortaros la inmortalidad y el alma no tiene en cuenta si ha hecho imposible la moral; al curar los males no sabe si son mayores los males que causa.

Pues, señor, la medicina no tiene remedio.

El químico progresista sonrie ante la ignorancia de los pasados siglos, y entra á su laboratorio; pero, ¡oh desgracia! al fin y al cabo va á parar *á las reacciones.*

El sabio se hace señor de la materia, pero no se acuerda que él, á su vez tiene tambien su Señor.

La domina, descubre sus íntimos secretos, mas no sabe quien la ha puesto en sus manos.

Es un sabio que no sabe leer.

Sabe lo que hace y lo que puede hacer con aquella materia; pero no sabe que ella es un libro.

Nada le enseñan las combinaciones, nada aprende del principio de *triple igualdad* que por todas

partes se asoma á decirle cosas que no son materiales; nada lee en la formacion *ternaria* inseparable de cada uno de los cuerpos, último límite de la análisis química.

No ve que el autor hizo lo que todos los autores que quieren privilegio: puso su sello en su obra.

El sabio, si se quiere, será un hablador; pero para él la ciencia está muda.

Si se piensa en la fábula, la química es Pedro que enseña la linterna mágica, y el sabio es el auditorio; pero Pedro habla un idioma extranjero que el auditorio no entiende.

En otra fábula el mono tenia la linterna apagada; esta vez está encendida, pero el mono es como los monos que no son de las fábulas: ¡no habla!

La química, lo mismo que la medicina, supieran mucho, pero no saben adorar.

La mecánica es otra cosa. Nos hace correr, nos hace volar. Y hace un poco más.

La mecánica del siglo XIX hace el papel de sacerdote: el Dios que en sus altares se adora, se llama el hombre.

La sabiduría antigua en sus ranciedades nos hablaba del *primer motor*. La ciencia en su progreso no nos habla sino de lo que se mueve.

Las máquinas son la aspiracion del hombre de nuestro siglo; y tanto ha maquinado, que siempre acaba él mismo por convertirse en máquina.

Dice de los hombres de los siglos pasados que eran *máquinas de pensar;* en cuanto á él se contenta con ser una máquina de obrar.

Algun autor llamó al hombre una máquina de producir dinero.

El se sintió engrandecido con una idea que realizaba sus *sueños dorados*.

Si la ciencia entregara la materia al hombre despues de haber entregado el hombre á Dios; si la ciencia sometiera, antes que todo, la materia del hombre al espíritu del hombre, la medicina, la química y la mecánica se engrandecerian, engrandeciendo al hombre.

Entonces las ciencias, creaturas, llenarian su mision. Su progreso seria un progreso bendito.

Quizá al hablar de la ciencia, los hombres científicos nos exijan un científico lenguaje.

Y realmente, es faltar al respeto á la ciencia, hablar con ella en un tono irrespetuoso.

Pero ya es un gran paso conseguir que se ponga séria la ciencia del siglo XIX.

Aunque sea contra nosotros, ya es mucho que se pueda ver con seriedad á la ciencia del "no sé."

Porque ¡voto al voto! una ciencia que no sabe, no puede ser una cosa séria.

¿Y qué podrá saber una ciencia atea?

¿Qué otra cosa podrá sino no saber? Porqué Dios es sér, y precisamente no—Dios es no—ser.

Pero pongámonos sérios, hablemos un lenguaje científico.....aunque nos expongamos á que no nos entienda la gran ciencia del gran siglo.

Las objetos que percibe el entendimiento, son la medida del entendimiento humano. Solamente hablando del Creador sucede lo contrario, esto es, que la medida de los objetos es el entendimiento divino.

¿Será necesario hablar con mayor claridad? Lo procuraremos.

En tanto hay en el entendimiento verdad del objeto percibido, en cuanto la percepcion está conforme al objeto; y en tanto hay verdad en el objeto mismo, en cuanto está conforme con el entendimiento divino.

Respecto de las ciencias hay verdad en el entendimiento si la percepcion está conforme con la ciencia misma, y en la ciencia misma solo hay verdad cuando ella está conforme con el entendimiento divino.

Estos principios, elementales en toda filosofía que merezca este nombre son los prolegómenos necesarios de la antropología.

Y no sé por qué se me ocurren invencibles juicios temerarios de que á muchos científicos les sorprenderán como nuevos.

Y sin embargo, son tan antiguos como la verdadera filosofía.

¿Pero los admitirán las ciencias que al parecer se ocupan del objeto que las especifica, pero que en realidad no tienden á otra cosa que á hacer la guerra al sobrenaturalismo? ¿Esas ciencias que no hacen otra cosa que negar, con el objeto de hacer dudar?

Hasta los que no son profetas predecirán que nó.

La semilla que ha caido en buena tierra, tiende irresistiblemente á arrojar raíces, á brotar tallos, á preparar y dar más tarde sus frutos.

Cuando la lógica se apodera de una verdad, hace una cosa semejante; la lógica tiene monomanía por deducir consecuencias, y aquel á quien aquellas consecuencias no causen agrado, si no

quiere negar la lógica se ve precisado á negar la verdad; como el labrador que no quisiere aquellos frutos, ya que no puede destruir la tierra destruye la semilla.

Pues bien, si los objetos son la medida del entendimiento humano, siendo la Revelacion el objeto más alto que puede percibir el entendimiento, se deduce que la Revelacion es la medida del entendimiento humano en su mayor grandeza, y solo habrá en él verdad, en cuanto sus percepciones no se opongan á la revelacion.